

SUPLICIO Y MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

Por Ricardo Darío Primo

ricardoprimo@ateneohyv.com.ar

Artículo publicado en el Diario El Norte, el 6 de Septiembre de 1990

Sin duda alguna; una de las historias más tristes es la que tuvo por protagonista al creador de la Bandera Nacional, durante sus últimos días. Desconocida por la mayoría de los argentinos. es bueno traerla a su conocimiento, para que podamos observar el efecto que causa el paso del tiempo sobre las personas y que en consecuencia tengamos presente estos hechos, para que nunca vuelvan a repetirse con todos los hombres que de una forma u otra colaboran en el engrandecimiento de la patria.

“Estaba en Tucumán el Gral. Manuel Belgrano, luego de dejar su ejército del Norte a su 2°. en mando, en virtud del estado de salud precario en el que se encontraba Sólo dos o tres amigos habíanle quedado después del movimiento revolucionario que se había realizado en esa provincia.

Uno de ellos era José Celedonio Balbín, al que le había confesado que se encontraba en la indigencia total; que había mandado a pedir al gobernador, caballos para su carruaje y así poder viajar a Bs. As. donde moriría tranquilo y éste se los había negado.

-Pues que ¿se ha olvidado usted que tiene un amigo? dijo.

Una semana después salió Belgrano de la ciudad de Tucumán en forma inadvertida por todos, le acompañaban el doctor Redhead, su capellán el P. Villegas y los ayudantes Sargentos Mayores Jerónimo Helguera y Emilio Salvigni. El camino que debía recorrerse siempre fue penoso, pero nunca como en aquella ocasión.

El enfermo estaba dolorido e hinchado, de manera que ni encontraba posición cómoda ni podía, sin dolor, soportar el roce del asiento. Cada tirón de los caballos, cada bache de la senda, cada curva apresurada, le producían una nueva, lastimadura, y solamente la entereza de ánimo y la resignación que le acompañaron siempre; evitaban que marchara sin quejarse a gritos.

En Córdoba llegaron a una posta y esa noche Belgrano le dijo a su ayudante Helguera que llamara al maestro de postas para informarle de lo que necesitaría al día siguiente.

El maestro de postas, con la mayor altanería le contestó:

-Dígale Usted al Gral. Belgrano que si quiere hablar conmigo venga a mi cuarto que hay igual distancia..

El ayudante salió indignado y no quiso dar al General la desvergonzada contestación, por no disgustarlo dicten;.. que estaba indispuerto por que no podía ir a su llamado.

A poco de salir Belgrano de Córdoba, pasaron cerca del campo de Cepeda donde habían tenido un encuentro fuerzas de Buenos Aires y las de Santa Fe y pudo ver en un patio de la posta; veinte cadáveres en esqueleto tirados al pie de un árbol; pues los muchos cerdos y millares de ratones de la casa se habían mantenido y mantenían aún con los restos.

Esta escena no podía tener explicación, ya que en la casa sobraban hombres para cavarles una fosa. Al ver aquel espectáculo -escribe Balbín- fui al cuarto del maestro de postas al que encontré con un ataque de asma que lo ahogaba, le pedí que mandase a sus peones que hiciesen una zanja y enterrasen aquellos restos.

-¡No haré tal cosa -me contestó, me recreo en verlos, son mis enemigos!

A fines de Marzo, después del mes y medio de doloroso camino -llegó Belgrano a la casa paterna y entró en ella "por pies ajenos" en agonía de cuerpo y espíritu vencido por sus dolencias, doblegado por sus angustias. Días enteros permaneció en su lecho, en la misma habitación donde naciera, atendido por sus hermanos, entre ellos el canónigo Don Domingo Estanislao y la dulce Juana, que le hizo de madre. Llevárosle unos días a San Isidro frente al río, pero fue necesario volver pronto a la ciudad. A medida que los signos de hidropesía aumentaban, se le descarnaba el semblante.

La indigencia le amargaba sus días finales. El Gobernador interino Ramos Mejía, le socorrió con unos pesos. Para poder pagar sus deudas solicitó Belgrano que se le diera otra cantidad mayor a cuenta de sus haberes. El Gobernador pasó su solicitud a la Junta de Representantes, los que dispusieron de tiempo para atender su pedido e hicieron a un lado dicha solicitud.

Cuando llegó Balbín, su amigo de Tucumán, unos días antes que expira. Belgrano le dijo:

-Amigo, mi situación es cruel. Me hallo muy malo. Duraré muy pocos días. Espero la muerte sin temor; pero me llevo al sepulcro un sentimiento...

-Dígame usted, si puede saberse...

-El de que muero tan pobre que no tengo con que pagarle el dinero que Usted me prestó, aunque no lo perderá. El gobierno me debe algunos miles de pesos y luego que el país se tranquilice, se los pagarán a mi albacea, quien queda encargado de satisfacer la deuda.

Belgrano dictó y firmó su testamento. 25 días antes de morir. En él encargaba a su hermano el canónigo del cuidado de "sus escuelas" al mismo que, una vez pagadas todas sus deudas, aplicara el sobrante al cuidado y educación de la hija que dejaba en Tucumán, Manuela Mónica. Regaló su reloj de oro al doctor Redhead "Es todo cuanto tengo que dar a este hombre bueno y generoso"

El 19 de junio dio un beso a su hermana Juana para pagarle sus amorosos desvelos, y en la mañana del otro día, a las siete expiró suspirando... ¡Ay, Patria mía!...

Hecha la autopsia de su cadáver, se comprobó con asombro que "el corazón era más grande que el del común de los mortales" lo que debía ser uno de los efectos de su enfermedad.

Se le amortajó con un hábito de Santo Domingo pues así le dejó pedido y en un féretro de madera de pino recubierto de tela negra, lleváronlo sus hermanos y algunos pocos amigos la media cuadra que distaba de su casa al convento dominico y allí, a la entrada de la iglesia al pie de la pilastra derecha del arco central le cavaron la fosa. Una losa de mármol blanco, trozo de la cubierto de una cómoda que había pertenecido a la madre, lo cubrió con la leyenda "Aquí yace el General Belgrano"

El país, ocupado en su guerra intestina no se dio cuenta de su muerte; y solamente cuando izaban la enseña patria; su, recuerdo vago y distante les refrescaba la memoria. Aquel "Doctor Buñuelos" al que irónicamente habían bautizado sus oponentes; estaba inmortalizado y aún allí permanece en los colores celeste y blanco:

Bibliografía Consultada:

GONZALEZ ARRILLI Bernardo. **HISTORIA ARGENTINA**